

Lucia Wegelin

Paradojas del individualismo moderno. Contribuciones de Georg Simmel para una crítica del Yo contemporáneo.

I- Introducción

El extenso estudio de Simmel sobre el dinero publicado en el año 1900 despliega un análisis de la sociedad moderna en múltiples niveles. En el capítulo final se delinean los trazos de un estilo de vida novedoso, determinado por el desarrollo de la economía monetaria, es decir, la expansión del dinero como mediación de todas las relaciones con hombres y cosas. Paradójicamente, es la falta de carácter que caracteriza al dinero la particularidad estilística de la vida moderna, lo que se expresa, por ejemplo, en el intelectualismo que en ella se extiende. Ese predominio del entendimiento, como órgano protector de la sensibilidad hiperestimulada en las grandes ciudades, produce relaciones despersonalizadas con hombres y cosas. Simmel no fue el único de su época –aunque quizás haya sido uno de los primeros– en reconocer los elementos de la disolución de coloración de la experiencia moderna que Lukacs después retomaría en su diagnóstico sobre la cosificación asociándola también a la lectura weberiana de la racionalización occidental y al análisis marxista de la producción de mercancías. Pero la particularidad de la interpretación simmeliana de esa falta de carácter de la modernidad es que insiste con pensar los modos en los que ella afecta a los modos de configuración de la vida individual.

Bajo ese mirada sobre las transformaciones vitales de los sujetos modernos (que se resume en su ensayo “Las grandes urbes y la vida del espíritu”) Simmel identifica un modo de individualismo egoísta que, a pesar de aparentar estar en las antípodas de la homogenización incolora que el dinero promueve, es su propia consecuencia patológica: “la concepción racionalista del mundo –que, carente de partido, como el dinero, también ha alimentado la imagen socialista de la vida– se ha convertido en la escuela del egoísmo contemporáneo y del triunfo total de la individualidad” (Simmel, 1972: 550).

El triunfo de la individualidad convive, e incluso se define como una consecuencia de la disolución de la coloración individual. Nos preguntamos entonces cómo es que se articula ese individualismo paradójico. Formulada desde un presente en el que el capitalismo ha producido una torsión sobre sí que implicó re-colorear a las

individualidades, esta pregunta se convierte en un interrogante acerca de los modos de individualismo posible y sus diversas relaciones con la tensión entre igualdad y diferencia que estructura nuestras sociedades.

II. El individualismo: negación de la socialización

La definición del individualismo como triunfo de la individualidad nos propone una definición relacional del mismo dado que se configura la imagen de una lucha con la sociedad que el individuo habría ganado. Pero entender esa relación tensa en los términos de una batalla entre dos entidades contrapuestas que pueden anularse mutuamente niega el carácter relacional de la definición. Por eso, incluso la lucha es pensada por Simmel como una forma de socialización y no como negación de toda interacción con los otros. La lucha entre individuo y sociedad debe entenderse entonces dentro del universo relacional del pensamiento simmeliano, pues no sólo la lucha es un modo del vínculo sino que la sociedad es definida como las socializaciones entre individuos que continuamente la construyen y no como una totalidad que se enfrenta al hombre. En ese sentido, el individualismo implicaría la negación de eso que Simmel define como una relación siempre tensa entre el individuo y lo social, pero a la vez se trata de un resultado del desarrollo histórico de esa tensión.

En la digresión “¿Cómo es posible la sociedad?” con la que culmina el capítulo inicial de su gran tratado sobre sociología – publicado en 1908– se define esa tensión como un *a priori* sociológico: las personas siempre tienen una parte no social que se resiste a entrar en la socialización pero que es condición para que esta se produzca porque “el alma individual no puede estar en un nexo, sin estar al mismo tiempo fuera de él” (Simmel, 2014: 128). Es decir, el individuo está en una doble situación con respecto a la sociedad, está dentro y fuera de ella a la vez, porque no está completamente determinado por ninguna socialización ni logra ser abarcado por la colectividad social. Desde esta perspectiva sociológica el individuo aparece como esa intersección singular en la que se entrecruzan las múltiples interacciones en las que participa, como infinitos hilos que sólo en ese punto se juntan de una manera única.

Esa singularidad se convierte entonces en una resistencia a la subsunción total en cualquier interacción o círculo social específico y por lo tanto en la sociedad entendida como un todo. Pero esa tensión con lo social es para Simmel condición para la

socialización. Así como el sujeto trascendental kantiano se volvía condición del mundo fenoménico, pues sus *a priori* participaban en la configuración del fenómeno como tal, Simmel también piensa los *a priori* que permiten configurar a la sociedad. Pero ya no se trata de un sujeto trascendental que porta categorías independientes de la experiencia sino del sujeto empírico, el individuo quien hace posible las unidades sociales entrando en interacciones recíprocas con otros y de quien se supone un determinado saber práctico. Es decir, los *a prioris* de la unidad social no son condiciones de posibilidad independientes de la experiencia sino que son parte de la conciencia práctica de quienes construyen las socializaciones en la experiencia misma.

Pero dado que aquí nos preguntamos por el devenir histórico de esa tensión supuestamente irreductible en un triunfo del individuo, es necesario destacar una doble condición de los *a priori* simmelianos. “Por una parte, determinarán, más o menos perfecta o deficientemente, los procesos reales de socialización, como funciones o energías del acontecer espiritual; por otra, serán los supuestos ideales lógicos de la sociedad perfecta, aunque quizá nunca realizada con esta perfección.” (Simmel, 2014: 123). Ese status particular de los *a priori* sociológicos habilita la pregunta por el devenir individualista de la tensión con lo social. Pues, si se trata de condiciones lógicas de una sociedad perfecta es posible interrogar el grado de realización histórica de esas operaciones de la conciencia subjetiva a través de las cuales el individuo produce sus relaciones con otros. El individualismo aparece entonces como la negación de una de esas condiciones necesarias para el vínculo social y por lo tanto, negación de la sociedad misma; al mismo tiempo, éste es un resultado del despliegue histórico de esa tensión constitutiva de la socialización. No puede explicarse simplemente como lo otro de la socialización porque es su resultado paradójico.

La doble condición del individuo con respecto a la sociedad se realiza en distintos equilibrios entre lo social y lo extra-social en cada relación con otro e incluso en cada modo histórico en el que se articulan los círculos sociales. Simmel dedica dos capítulos de su *Sociología* para pensar la evolución histórica de la relación del individuo con los círculos sociales a los que pertenece. Allí se construye una teoría de la diferenciación individual movilizada por la división del trabajo concentrándose en las transformaciones de las prestaciones laborales como modo de pensar la relación entre el individuo con el círculo

social. La individualización como proceso de construcción del individuo moderno, capaz de diferenciar su personalidad de los círculos de pertenencia, aparece asociada a una nueva imagen de esa relación con el todo a través de la profesión, que ya no implica la determinación de todos los aspectos de la vida individual, como sucedía con los oficios medievales (que configuraban círculos estrechos de los que personalidad no tenía posibilidad de diferenciarse).

En la *Filosofía del dinero* Simmel insiste con esa potencia de las interacciones modernas: la mediación del dinero incentiva relaciones objetivas entre individuos que se convierten en funciones, reemplazables entonces por otros. De esa manera, sus caracteres personales tienen la posibilidad de protegerse de las determinaciones sociales y desarrollarse por fuera de las relaciones. En la economía monetaria habría una evolución bifacética en cuanto a los grados de dependencia del individuo: por un lado él es dependiente de un creciente número de lazos y ya no sólo de un estrecho círculo que determinaba la totalidad de su vida; por otro lado, el individuo es más autónomo porque su personalidad queda afuera de esos vínculos como totalidad dado que sólo participa parcialmente en cada una de las socializaciones, e incluso tiende a ser reemplazable en cada una de ellas (así como los otros son reemplazables para él). Es decir, en la modernidad somos más dependientes de la sociedad y más independientes de cada una de las interacciones que la constituyen y de cada uno de los individuos que participan en ellas. Simmel sostiene que esa particular situación es la “más favorable para producir la independencia interior y el sentimiento del ser-para-sí individual” pero a la vez que la libertad, entendida como el desarrollo de ese sentimiento del Yo “no puede aparecer como mera ausencia de relaciones, sino precisamente, como una relación muy determinada con los demás” (Simmel, 1972: 357)

Es por eso que al tiempo que se producen las condiciones para una mayor libertad, se abre la posibilidad de un individualismo egoísta. La separación de la personalidad de toda socialización parecería habilitar el olvido de que es la propia socialización la que habilitó esa separación, de manera tal que el Yo tiende a aparecer como el fundamento de toda interacción y la orientación según su propio interés aparece como la única natural. Gracias a la objetividad de las interacciones modernas, facilitada por la mediación dineraria, se produce el espacio para la libertad individual pero también para el despliegue

del egoísmo ético y el individualismo social. La consideración del Yo como origen y fin de la vida se asocia entonces con una representación no relacional de la libertad que produce la imagen del Yo como un ente aislado. El egoísmo para Simmel no implica entonces la orientación según el propio interés sino que consiste en esa representación de sí mismo como libre de todo lazo.

III- Valores de la personalidad y la libertad

El individualismo no sólo requiere de la separación de la personalidad de las interacciones objetivadas, sino también de una valoración del alma individual como unidad que también es un fenómeno moderno. Simmel realiza ese rastreo para reconstruir el camino en el que surgió el individualismo moderno, reconociendo que fue el cristianismo el que otorgó al alma humana un valor absoluto en tanto portadora de la salvación. De esa manera, la salvación del alma se convertía en el fin último, fundamento de sentido de todo lo fragmentario y caduco de la vida terrenal de los hombres. En la *Filosofía del dinero* se desarrolla un relato de la secularización que dejó al hombre suelto, desamparado, en tanto había construido en él la necesidad de un fin último que el hombre moderno ya no puede depositar en ningún más allá, pero tampoco encuentra en el mundo terrenal. Junto con esa necesidad de encontrar un fin, la cultura moderna también ha heredado esa valoración del alma humana como recipiente divino que se tradujo en una alta valoración de la personalidad. Pero Simmel distingue dos significaciones posibles de esa valoración del hombre como persona: “por un lado puede referirse al ser humano en general o bien puede referirse al ser humano como un individuo determinado” (Simmel, 1972: 446).

Estas dos posibilidades aparecen asociadas a dos construcciones filosóficas sobre el individuo: la ilustración del siglo XVIII y el romanticismo del siglo XIX. En el último capítulo de *Cuestiones fundamentales de sociología* Simmel se detiene en las concepciones filosóficas del individuo asociándolas a distintos aspectos de la historia de la relación entre el individuo y lo social. En ese texto publicado en 1917, reaparece la idea de la tensión irresoluble entre el individuo y lo social, que luego de la liberación de las ataduras estrechas de las sociedades pre-modernas, se expresa históricamente como una necesidad de libertad por parte del individuo. Esa necesidad se formula filosóficamente en el derecho natural ilustrado como espejo de la libertad de la naturaleza, de manera tal que el individuo se

concibe como ser genérico, es decir, como valioso en tanto que igual a todos los hombres. Kant funciona como la expresión filosófica paradigmática de esta valoración del individuo, no sólo porque hace depender al mundo objetivo de las facultades de la conciencia subjetiva sino, principalmente, porque asume una igualdad trascendental entre todos los sujetos de la experiencia, convirtiendo al hombre en un sujeto autofundado. Así, el hombre como abstracción del individuo libre de ataduras se convierte en la sustancia del valor de la personalidad. “De este modo, el concepto de individualidad del siglo XVIII, es decir, la libertad personal que no excluye sino que incluye la igualdad porque la verdadera ‘persona’ es igual en todos los seres humanos contingentes, encontró en Kant su perfección abstracta” (Simmel, 2002: 124).

Al mismo tiempo, ese valor de la personalidad sostenido en la igualdad entre todos los hombres también se habría reelaborado en el socialismo del siglo XIX que reconoció la desigualdad real que la igualdad genérica oculta cuando se articula con la libertad individual. En la construcción de un criterio de justicia a partir de esa igualdad genérica y la exclusión de la libertad individual se formulan las bases del humanismo ético que valoraba a la personalidad en tanto expresión de lo humano. Sobre este concepto de igualdad habrían crecido los valores de la dignidad humana que están en la base de los derechos del hombre.

Ahora bien, en el siglo XIX también se desarrolló otra concepción del individuo que criticaba la coerción sobre las diferencias personales que la igualdad del ser genérico implicaba. Y Simmel explica nuevamente la emergencia de la reflexión filosófica sobre un individualismo cualitativo en la letra del romanticismo, como una necesidad histórica. Los individuos liberados de las ataduras de las sociedades pre-modernas también quieren diferenciarse entre ellos: “el individuo se busca a sí mismo como si no se poseyera y, sin embargo, está seguro de tener en su Yo el único punto firme” (Simmel, 2002:132). El romanticismo transforma la búsqueda de un fin último para la vida terrenal y valorización del alma humana –doble herencia del cristianismo– en la concepción de la personalidad como una totalidad unitaria con valor objetivo. El ideal que da sentido a la vida individual ya no es el hombre como ser genérico sino un ideal individualizado sostenido en la incomparabilidad del alma particular, que acrecienta el valor de la totalidad social porque constituye un valor objetivo. Simmel se refiere al *Wilhelm Meister* de Goethe, a Schlegel y a Schleiermacher para mostrar el modo en el que la autorrealización se convierte en una

misión o vocación de cada individuo y, en ese sentido, alcanzar ese ideal del yo constituye un deber moral supraindividual. La sustancia del valor individual es aquí la personalidad como cualitativamente única pero también como una unidad total que debe ser alcanzada pues no está garantizada.

Simmel asocia cada una de esas concepciones del individuo con los dos grandes principios de la economía monetaria: el individuo como abstractamente igual a todos con la libre competencia y el individuo como singularidad irrepetible con la especialización implicada en la división del trabajo. Sin embargo, se trata de una asociación conceptual porque el individuo histórico, en las condiciones en las que la economía monetaria lo coloca, no se corresponde con ninguna de esas dos concepciones. Lo que sí se hereda es la valoración de la personalidad individual, no sólo como expresión del ser humano genérico sino también como totalidad única teñida de una coloración diferencial irrepetible.

La economía monetaria, caracterizada por la mediación dineraria extendida hacia todas las relaciones de intercambio, incluso las laborales, produce las condiciones para la separación de la personalidad como una totalidad autónoma pero no se sostiene sobre ninguna valoración social del individuo como tal. La objetivación de las relaciones con los otros habilita el proceso de separación de los caracteres personales, construyendo el espacio de una libertad individual en la que la personalidad podría desarrollarse.

Pero esa liberación de las determinaciones exteriores sobre la personalidad no garantiza la ampliación del espectro de posibilidades de acción, es decir, una libertad para la realización de la personalidad por fuera de las socializaciones. Incluso, con esa liberación de las determinaciones sociales aparece el peligro de la “inestabilidad, confusión e insatisfacción, (...) inseguridad y falta de confianza” (Simmel, 1972: 503) que resulta peligrosa para esa personalidad que ha heredado la valoración del alma del cristianismo pero puede perder de vista los fines personales que podrían realizar ese valor. De hecho, a partir de esa inestabilidad para la personalidad en la economía monetaria Simmel explica la necesidad profunda en la vida urbana moderna de buscar un sentido profundo en las cosas objetivas. “Precisamente porque el hombre contemporáneo es libre –libre en el sentido de que puede venderlo todo y libre en el sentido de que también puede comprarlo todo- busca ahora, a través de veleidades llenas de problemas, aquella fuerza, firmeza y unidad espiritual en los objetos que perdiera al cambiar su relación con ellos gracias al intermedio

del dinero” (Simmel, 1972: 504). De esa manera, Simmel explica la sublimación de la inseguridad personal en el marco de una liberalización de los lazos afectivos con otros, por medio del consumo de objetos bellos.

La autoafirmación del Yo, como única causa y finalidad, sería otro efecto de esa liberación de determinaciones exteriores que deja a la personalidad, que ha heredado ese valor que el cristianismo, el iluminismo y el romanticismo depositaron en ella, al margen de toda valoración social. La propia definición de Simmel de personalidad se expresa en asociación con la libertad. La personalidad es:

“unidad de elementos psíquicos, su concentración en un solo punto y la insustituibilidad de esencia, en resumen, todo lo que llamamos personalidad implica también la independencia de lo exterior, el desarrollo de acuerdo, exclusivamente, con las leyes de la propia esencia que llamamos libertad” (1972: 362).

Se trata de la conjunción de las dos acepciones de la libertad enlazadas: por un lado, la independencia de lo exterior que Simmel llama libertad negativa pero que no implica ausencia de vínculo sino un nuevo tipo de relación; por otro lado, el desarrollo según la propia ley, una libertad positiva que es la que luego Simmel presentará como la ley individual, en el capítulo del *Intuición de la vida* que lleva ese nombre. La personalidad asociada a la libertad negativa es claramente un producto del proceso de diferenciación moderno, que a la vez, produjo las condiciones para el despliegue de la libertad individual al margen de las determinaciones sociales. Pero al habilitar esa separación de la personalidad su propio valor queda en un margen de lo social y es por eso que el individuo puede concebirse como un valor en y por sí mismo y por lo tanto, entender al propio interés como única orientación racional de la acción. De allí la asociación entre la concepción racionalista del mundo, motorizada por el entendimiento y el dinero como medios de todas las interacciones, con el individualismo egoísta. Para quienes organizan su vida según las fuerzas objetivas del dinero y el entendimiento “Toda entrega y todo sacrificio parece manar de las fuerzas irracionales del sentimiento y la voluntad (...)” (Simmel, 1972: 550) porque los otros aparecen como funciones objetivas y por lo tanto como completamente ajenos al sentimiento de sí.

Garantizando la comparabilidad de todos los hombres el dinero tiene un efecto nivelador que deja a la diferenciación de la personalidad como una tendencia que sólo se

desarrollaría más allá de las socializaciones. La objetividad de las interacciones modernas obstaculiza que la personalidad se conciba como un valor social, porque no favorece la realización de la personalidad en las interacciones con otros. De esa manera se abre la posibilidad para que ese valor del individuo, que Simmel se dedica a exponer como un valor producido socialmente, sea concebido como antisocial y se convierta en un individualismo.

Esa deriva individualista del valor de la personalidad que las interacciones objetivadas de la modernidad permiten separar, constituye un problema estructural para la sociedad en tanto desrealiza otro de aquellos supuestos necesarios para la unidad de lo social que Simmel define como *a priori*. Pues, la sociedad funciona bajo el supuesto de que cada individualidad cualitativamente diferencial tiene un lugar que le corresponde en la estructura del todo. Más allá de la realización histórica de esa concordancia armónica lo que Simmel estaba indagando a través este *a priori* es la necesidad de una relación imaginaria que una al individuo con el todo pues se trata del reconocimiento de que la vida social transcurre *como si* hubiese una armonía perfecta que se compone a través de las diferencias individuales, aunque esta no pudiese corroborarse ni en la experiencia social ni subjetiva. El modo en el que esa representación se producía en la modernidad simmeliana era a través de la categoría de profesión –*Beruf*– en tanto una determinada tarea necesaria para el todo es realizada por aquel que tiene una disposición vocacional a realizarla: sobre la idea de profesión “descansa la representación de que la sociedad ofrece a cada persona una posición y labor, para la que esta persona ha sido destinada y rige el imperativo de buscarla hasta encontrarla” (Simmel, 2014: 133). En la *Filosofía del dinero* la profesión reaparece como posibilidad de darle al individuo ese color específico que las relaciones mediadas por el dinero dejan afuera de lo social.

Pero el individualismo sería la desrealización de esa idea de vocación y de toda relación imaginaria con la sociedad, pues implica una autonomización del valor de la personalidad. El ese sentido, la figura del artista-genio no es individualista porque al desarrollar su coloración personal en su propia obra contribuye al incremento del valor objetivo de la sociedad como un todo. En la descripción simmeliana de Goethe el *a priori* del *como si* se realiza efectivamente dado que la armonía con el todo no sólo es un supuesto imaginario sino una concordancia real. De esa manera, el genio artístico realizaría ese ideal

romántico del individuo como valor objetivo supraindividual y no implica un individualismo egoísta. Es cuando la diferenciación individual se desprende de toda conexión con la sociedad – la imaginaria o la real propia del artista– que la imagen armónica se quiebra.

Al deshacerse esa armonía imaginaria se pone en jaque la posibilidad de que la diferenciación individual y la nivelación social se desplieguen simultáneamente como fuerzas anudadas. La sociedad moderna impulsa ambas fuerzas al mismo tiempo, pues en el movimiento en el que objetiva y así homogeneiza las interacciones produce el espacio para la individualización. Sin embargo, si la relación imaginaria que mantiene unido al individuo con los otros se deshace, nivelación y diferenciación aparecen como fuerzas contrapuestas. Ellas teatralizan esa doble condición del individuo, como miembro y como totalidad, que Simmel presentada como ese otro *a priori* de lo social, configurando la escena de una lucha. El individualismo, en tanto crisis de la relación imaginaria con la sociedad, implica entonces que se vive esa tensión irresoluble como una lucha entre dos fuerzas externas que buscan eliminarse. Esa lucha no se representa como una relación sino como una radical separación frente a la cual el individuo pretende autoafirmarse por sí mismo mientras que la sociedad amenaza con la descualificación y la homogenización.

IV. La coloración individual: Simmel para la actualidad

La falta de carácter del estilo de vida moderno es la condición de posibilidad para la configuración de la personalidad como unicidad del carácter singular pero también para la deriva individualista que se desarrolla cuando el individuo no se piensa a sí mismo en su relación con los otros. En ese sentido, Simmel permite exponer al individualismo, la consideración del Yo como un valor en sí mismo, como la consecuencia paradójica de la descualificación que homogeniza todos los valores poniéndolos en relaciones de equivalencia mediadas por el dinero. Pues él mismo ya había registrado el anudamiento de la diferenciación y la nivelación social como aspectos de una evolución bifacética.

En ese sentido, la coloración individual no puede ser pensada como lo otro de la falta de carácter del estilo de vida moderno sino su propia consecuencia. En la *Filosofía del dinero* Simmel despliega múltiples indicios sobre los modos en los que la objetivación y descualificación de las interacciones articularon la ideología del individualismo moderno.

Ella no implica la coloración personal que resiste a la homogeneización, pues la figura del genio artístico también aparece como una unicidad singular irreplicable pero no se despliega como un modo del individualismo en tanto se concibe como un valor supraindividual. Lo que explica la asociación entre nivelación social e individualismo egoísta es el olvido de toda relación con los otros en la consideración del valor del sí mismo. También por eso el fenómeno de la moda no está asociado a ningún tipo de individualismo, ni siquiera en las figuras de “el loco de la moda” o el “Dandy” que están determinados por la búsqueda de diferenciación constante. Pues, se trata de formas de socialización que se construyen en relación con los otros, aunque sea con aquellos con respecto a quienes se busca producir una diferencia, que es siempre jaqueada por la tendencia a la nivelación. Así como Simmel sostiene que el adorno es un fenómeno sociológico en tanto resalta la personalidad, es una irradiación suya que se produce a través del agrado que puede producir en los otros¹, la moda también está orientada hacia otros –con los que se busca identificación o diferenciación– y en ese sentido no está en juego allí ningún modo de individualismo sino distintas formas de socialización en las que se constituye la personalidad. La articulación ideológica que Simmel asocia al individualismo moderno implica, por el contrario, la negación imaginaria de toda socialización. Esa separación imaginaria del individuo, producto de la sociedad moderna, de su propio creador es la que configura la sintaxis del individualismo.

La sociedad contemporánea nos presenta una explosión de esas irradiaciones del Yo orientadas hacia los otros, estructuradas según la visibilidad integral que los diagnósticos sobre la sociedad del espectáculo sugieren. La hiperconectividad que atraviesa la vida contemporánea hace difícil encontrar fenómenos que no impliquen la orientación de los individuos hacia un otro. Y al mismo tiempo que los hilos sociológicos se multiplican las ideologías del yo parecen expandirse hasta al hartazgo. Las personalidades alterdirigidas, definidas por Paula Sibila como “construcciones de sí orientadas hacia la mirada ajena o exteriorizadas, no más introspectivas o intimistas” (2013: 28) implican la combinación de la exaltación de los valores del yo como personalidad única e irreplicable y la orientación hacia los otros.

¹ “Es esta una de las combinaciones sociológicas más maravillosas: un acto que sirve exclusivamente a acentuar la personalidad del que lo hace y a aumentar su importancia, consigue su fin por medio del placer que proporciona al otro, por una suerte de gratitud que despierta en los demás” (Simmel, 2014: 394).

Pero no estamos tratando de sostener que las coloraciones e irradiaciones del Yo contemporáneo no implican un modo de individualismo porque incluyen al otro en su configuración. Más bien, intentamos encontrar algunos indicios sobre las transformaciones en los modos del individualismo moderno que Simmel registraba. La lectura de Simmel desde el presente no implica aplicar su teoría a una realidad histórica diferente, sino intentar repensar algunos fenómenos ideológicos contemporáneos a través de la escucha atenta de los ruidos que se producen cuando se vuelve a su teoría —que, por ejemplo, carece de un concepto de ideología— desde el hoy.

La ideología de la autoconstrucción del sí mismo, el *self made man*, es uno de los ejes fundamentales de la construcción ideológica neoliberal. Ella implica a la vez la desresponsabilización por parte de la sociedad de los destinos individuales (Honneth, 2008), que quedan entonces librados al camino del mérito propio. Desde esta perspectiva, sí aparece una negación de la relación imaginaria con los otros, al menos en cuanto a la participación de la sociedad en la propia configuración del Yo. La crisis de la relación imaginaria con la sociedad que Simmel asociaba al individualismo egoísta moderno, se habría convertido en el modo de producción de subjetividades. El carácter alterdirigido de las configuraciones del sí mismo contemporáneo implica una extensión de la socialización hacia todos los intersticios del individuo, que se articula con una negación radical de la socialización en el orden imaginario en el que el individuo concibe la construcción de su sí mismo. Simmel nos ayuda a pensar las ambigüedades de este fenómeno, pero no sólo porque permite construir un retrato de esa socialización generalizada en la sociedad de redes² sino también porque permite introducir un elemento crítico en ese retrato: la crisis de la relación imaginaria con la sociedad.

Al mismo tiempo, el modo en el que Simmel pensaba el carácter bifacético de la modernidad en tanto diferenciación del individuo y homogeneización social puede ayudarnos a pensar la asociación entre la hiperconectividad y visibilidad integral que estructuran subjetividades orientadas hacia otros y la autonomización del sí mismo como autoconstrucción. No se trataría de fuerzas contrapuestas sino más bien de dos caras de un

² Esa es la lectura de Scott Lash sobre la actualidad del vitalismo sociológico simmeliano. En “Lebenssoziologie [sociología de la vida/vitalista]: Georg Simmel en la era de la información” se describe una analogía estructural entre el vitalismo de Simmel que analiza los pequeños hilos que continuamente constituyen a lo social y la sociedad de redes que, según Lash, se extiende constituyendo una inmanencia que no deja nada afuera.

mismo fenómeno. El individuo se imagina como su propio origen y lo que expone en la vidriera del espectáculo es el resultado de su autoproducción de sí. Pero se trata de dos fuerzas anudadas que no se viven como contrapuestas, como sí sucedía en el individualismo moderno. La crisis de la relación imaginaria entre el Yo y la sociedad parecería haber producido una explosión de relaciones imaginarias de un yo autoconstruido con infinitos otros. Vale decir, la liberación de los lazos sociales que producen ese efecto de inseguridad en el Yo que Simmel registraba, no sólo tienen como consecuencia una separación imaginaria que deja al Yo como su propio origen; también, esa libertad negativa que proporciona flexibilidad al individuo para autoproducirse, produce el efecto de suplantar la relación de armonía imaginaria con la totalidad social por una multiplicación al infinito de relaciones dispersas con otros en las que el Yo se exhibe. Podríamos pensar entonces que la inseguridad del Yo en una sociedad que se desresponsabiliza por su destino y así lo libera de ciertas constricciones sociales tiene entonces ese otro efecto paradójico en una sociedad mediatizada a través de la imagen: la socialización de la propia personalidad que se construye a través de lo que Simmel pensaba como irradiaciones de la coloración personal hacia los otros.

Pero, insistimos, no se trata de dos fenómenos contrapuestos sino de una torsión al interior de la ideología moderna que concebía al valor de la personalidad como completamente ajeno a lo social. El individualismo contemporáneo asume entonces un doble carácter en tanto implica la destrucción incluso de la esperanza de una relación imaginaria con la sociedad como un todo pero a la vez implica la multiplicación y dispersión de las irradiaciones a través de las cuales el Yo se expande hacia la sociedad. Podríamos decir: autoconstruirse significa hoy hacerse a sí mismo como imagen para los otros. Pero esos otros no restablecen una relación de armonía imaginaria en la tensión constitutiva entre el individuo y la sociedad, sino que aparecen como superficies sobre las que el Yo se refleja a sí mismo.

Así como Simmel explicaba al individualismo como consecuencia paradójica de la falta de carácter del estilo de vida moderno, hoy podríamos pensar a la coloración individual generalizada como consecuencia del individualismo. Enlazarlos nos lleva entonces a desconfiar de la supuesta potencia de la hiperconectividad para la reconstitución de la relación imaginaria con el todo social. La orientación hacia los otros que impregna a

los modos en los que se construyen las subjetividades contemporáneas puede pensarse como un efecto de ese quiebre trágico de la relación entre el individuo y el todo. Esa constituiría una lectura simmeliana de las reconfiguraciones del individualismo contemporáneo, que trae a Simmel más allá de sí. Y es en ese movimiento de dislocación en donde pretendemos producir una lectura de Simmel desde el presente.

Bibliografía

Honneth, A., (2009), “Realización organizada de sí mismo. Paradojas de la individualización” en *Crítica del agravio moral* (Trad. P. Storandt Diller), Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lash, S., (2003), “Lebenssoziologie [sociología de la vida/vitalista]:Georg Simmel en la era de la información” en *Estudios Sociológicos* (XXI), Mexico, p. 523-540.

Sibila, P., (2013), *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Simmel, G. (2002), *Cuestiones fundamentales de sociología* (Trad. A. Ackerman Pilári), Barcelona: Gedisa.

Simmel, G., (1976), *Filosofía del dinero* (Trad. R. Garcia Cotarelo), Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Simmel, G., (2001), “La ley individual” en *Intuición de la vida*, Buenos Aires: Altamira.

Simmel, G., (2014), *Sociología: estudios sobre las formas de socialización* (Trad. J. Pérez Bances), México: Fondo de Cultura Económica.